ESTUDIOS

El compromiso sociopolítico de las universidades jesuitas en Centroamérica

Borja Vivanco Díaz¹

Resumen: Este artículo analiza, de manera comparativa, la evolución de las tres universidades jesuitas de Centroamérica desde la perspectiva de su compromiso sociopolítico y, más en concreto, desde el punto de vista de su trabajo a favor de la justicia social. La trayectoria de estas universidades fue, en buena parte, asimétrica y siempre estuvo condicionada por la coyuntura histórica de cada uno de los países, marcada por guerras civiles, dictaduras militares y, además en el caso de Nicaragua, por gobiernos "revolucionarios". La acción por la justicia social desde las universidades jesuitas las enfrentó a los gobiernos "derechistas" y la consecuencia más dramática de todo ello fue la matanza que aconteció en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" de San Salvador; entonces bajo el liderazgo de una figura intelectual de la talla de Ignacio Ellacuría.

Palabras clave: Centroamérica, Ellacuría, jesuitas, justicia social, teología de la liberación, universidad.

Fecha de recepción: 19 de septiembre de 2015.

Fecha de admisión: 6 de julio de 2016.

---

¹ Ingeniero–doctor por la Universidad de Deusto Bilbao. Este artículo está basado en la tesis doctoral *La educación superior de la Compañía de Jesús y la promoción de la justicia. Formulación de propuestas, selección de buenas prácticas y análisis de la actitud del personal adscrito a las universidades jesuitas de España* (2013).

The socio-political commitment of Jesuit universities in Central America

Abstract: This article analyzes comparatively the evolution of three Jesuit universities in Central America from the perspective of its socio-political commitment and more specifically from the point of view of his work for social justice. The trajectory of these universities was largely asymmetrical and has always been conditioned by the historical conjuncture of each one of the countries, marked by civil wars, military dictatorships and, in addition in the case of Nicaragua, by "revolutionary" governments. Action for social justice from Jesuit universities faced them to the "right-wing" governments; the most dramatic consequence of all this was the slaughter that took place at the Universidad Centro-americana "José Simeón Cañas" in San Salvador, then under the leadership of an intellectual figure of the stature of Ignacio Ellacuría.

Keywords: *Central America, Ellacuría, Jesuits, social justice, liberation theology, university.*

L'engagement socio-politique des universités jésuites en Amérique centrale

Résumé: Cet article analyse, de manière comparative, l'évolution des trois universités jésuites en Amérique centrale dans la perspective de son engagement sociopolitique et, plus précisément, du point de vue de son travail pour la justice sociale. La trajectoire de ces universités a été, en grande partie, asymétrique et elle fut toujours conditionnée par la jonction historique de chacun des pays, marquée par des guerres civiles, dictatures militaires et, en outre dans le cas du Nicaragua, par les gouvernements «révolutionnaires». L'action pour la justice sociale des universités jésuites a opposé aux jésuites à ces gouvernements «droitiers»; la conséquence la plus dramatique de tout cela a été le meurtre qui est arrivé dans l'Universidad Centro-americana «José Simeón Cañas» de San Salvador, alors sous le «leadership» d'un intellectuel tel Ignacio Ellacuría.

Mots clé: *Amérique centrale, Ellacuría, jésuite, justice social, théologie de la libération, université.*

1. Introducción

La provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús se creó en 1976 e incluye hoy a Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Es conocido que los jesuitas que han trabajado en estas naciones durante las últimas décadas, muchos de ellos extranjeros, han destacado por su celo en el plano de la acción por la justicia. Es más, no cabe duda tampoco que la provincia Centroamericana ha comprendido uno de los principales referentes, para la Compañía de Jesús, en la lucha por la causa de los pobres. Los jesuitas que han sido asesinados son el mejor exponente de ello, en países que han vivido duras guerras civiles o en donde las persecuciones, los secuestros y las muertes de quienes trabajaban a

favor de los Derechos Humanos y a manos de grupos militares o “paramilitares”,... eran un hecho cotidiano.

Por lo tanto el carácter emblemático de la provincia Centroamericana, y sobre todo de sus universidades en el trabajo por la justicia social, invita a realizar un estudio considerando de modo primordial su evolución y orientación sociopolítica en los complicados y decisivos años 70 y 80 del siglo XX.

La rápida evolución ideológica que vivieron asimismo las universidades de la Compañía de Jesús en Nicaragua y El Salvador, en buena medida paralela a la que el conjunto de la orden experimentó a nivel mundial, es también —como vamos a ver— sumamente interesante. Ahora bien, comprobaremos que el “alumbramiento” de la promoción de la justicia social en el eje de estas universidades tampoco fue un “parto sin dolor”.

La provincia Centroamericana cuenta con tres universidades relativamente jóvenes, si bien en este territorio ya existían previamente algunos colegios jesuitas de larga trayectoria, de gran notoriedad y de carácter más bien elitista. Los centros de estudios superiores de los que hablamos son la Universidad Centroamericana en Nicaragua, la Universidad Rafael Landívar en Guatemala y la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” en El Salvador.

Aunque estas universidades fueron fundadas en la década de los 60, hay que añadir que el ritmo evolutivo de cada una de ellas cuenta con sus particularidades y que, de modo inevitable, su trayectoria estuvo fuertemente marcada por la coyuntura sociopolítica de los países en donde se localizaban. De modo análogo, entre los jesuitas, se ponían de manifiesto diferentes sensibilidades o impresiones respecto a la realidad sociopolítica y al papel exacto que la institución universitaria debía jugar en ella; si bien la gran mayoría fueron paulatinamente compartiendo la necesidad de intensificar los esfuerzos a favor de la justicia social y la causa de los pobres.

Es necesario apuntar que inicialmente hubo interés, por parte de los jesuitas, de crear una sola universidad en Centroamérica, con “campus” distribuidos por los distintos países. Esto finalmente no fue posible, en primer lugar, por las dificultades que los gobiernos interpusieron para el reconocimiento de títulos académicos emitidos por parte de una universidad supranacional. Entonces, la única opción que se manejó viable fue la de crear tres universidades en tres países distintos: Nicaragua, Guatemala y El Salvador.

Es así que, en primer término, nos centraremos en la Universidad Centroamericana de Managua y en su involucración con el “sandinismo” en la década de los 80,

considerando las diferentes valoraciones que se han hecho sobre ello en aquella época y más adelante. Después explicaremos por qué la Universidad Rafael Landívar no asimiló, entre los años 70 y 90, la orientación política de los otros dos centros de estudios superiores y, además, comentaremos una experiencia muy específica y de gran interés como es la promoción de “campus indígenas”. Por último, nos detendremos en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador, en concreto en el compromiso sociopolítico que fue asumiendo bajo el liderazgo de Ignacio Ellacuría, hasta la dramática “matanza” en el “campus” acaecida en 1989.

2. La Universidad Centroamericana (Managua) y la opción preferencial por los pobres en el contexto del “sandinismo”

La Universidad Centroamericana fue la primera universidad de iniciativa social que se creó en la región de América Central. Fue fundada en 1960 y confiada, desde el primer momento, a la Compañía de Jesús. Además del gobierno “somocista”, esta universidad contó con el respaldo de la burguesía y de las clases más pudientes del país, descontentas con el “ambiente izquierdista” que, por esas fechas, iba ganando terreno entre los jóvenes estudiantes de la universidad pública. Las clases más privilegiadas buscaban una universidad que no cuestionara el “estatus político” de Nicaragua, que no sirviera de “nicho” de “movimientos revolucionarios” y que, a su vez, potenciara la formación de profesionales competentes que proveyeran las empresas o el sector privado.

El objetivo era trasplantar, en Nicaragua, el modelo que regía en las universidades que funcionaban en Estados Unidos y a las que, hasta ese momento, acudían muchas veces a estudiar los hijos de la oligarquía económica. Asimismo, quedó desechado el incentivar cualquier “espíritu crítico” con las formas de gobierno dominante que animara el trabajo por la justicia social y se promovió, expresamente, profesar el “anticomunismo”.

Este paradigma de universidad es el que se fue también a instaurar, de manera simultánea, en los otros dos centros de estudios superiores que la Compañía de Jesús inauguró en Centroamérica. En realidad, hasta los años 70, no solo en Nicaragua sino también en el conjunto de América Latina, la vinculación de la Compañía de Jesús con las clases dirigentes fue percibida, a menudo, como muy consistente. Fue una opinión extendida que los jesuitas eran los más capaces para proporcionar una educación de calidad a los adolescentes y a los jóvenes, sobre

los pilares de los valores tradicionales, y que contribuyera a frenar al cada vez más “serio peligro” que el “comunismo” representaba –en estos mismos países– durante los años 50 y 60 del siglo XX.

Puede fácilmente concluirse, en definitiva, que tal modelo de universidad jesuita que se gestó en Centroamérica a principios de los años 60, como en otros lugares de América Latina o del mundo, estuvo más al servicio de la generación de desigualdades que de la justicia social o la equidad.

Sin embargo la rápida evolución que la Compañía de Jesús fue a experimentar a partir del Concilio Vaticano II, sobre todo en términos de compromiso con la justicia, exigió necesariamente un distanciamiento respecto de las clases sociales más privilegiadas y, de manera más exacta, de sus intereses económicos y políticos. Además, la Teología de la Liberación gozó de un gran auge en la provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús, a partir de los últimos años de la década de los 60 o de la celebración de la histórica Conferencia de Obispos de Medellín.

A caballo de los años 60 y 70, ya se produjeron movilizaciones estudiantiles y críticas contra el “somocismo”, dentro de la Universidad Centroamericana, y que se saldaron con la expulsión de algunos alumnos². Tengamos en cuenta que el “fundador” y primer rector de la Universidad Centroamericana, el jesuita León Pallais, estaba emparentado con la familia Somoza y que sus contactos y buena relación con ella fueron fundamentales para la edificación de este centro educativo, incluyendo el conseguir los terrenos para ello.

Con la aquiescencia de Pedro Arrupe, superior general de la Compañía de Jesús, Pallais fue relevado del cargo de rector a inicios de la década de los 70 y estuvo residiendo en Estados Unidos durante la “revolución sandinista”. Que Pallais abandonara el rectorado, a iniciativa de sus superiores de la orden, fue trascendental para que se incoara un cambio de orientación en la Universidad Centroamericana que la distanciara del “somocismo” o incluso que se la fuera identificando con la oposición política. El sustituto de Pallais fue el también jesuita, aunque de origen uruguayo, Arturo Dibar.

Ciertamente con el transcurso de los años y al compás del aumento de la conflictividad política, fue incrementándose el número de jesuitas de Nicaragua que se sumaron, muchas veces de modo activo, a la oposición al régimen “somocista”,

² Exactamente, en 1971, fueron expulsados más de 60 alumnos, la mayoría de los cuales eran estudiantes de Derecho (R. SÁNCHEZ RAMÍREZ, 2012: 17).

que fue finalmente derrocado en 1979. Tanto es así que la mayoría de los jesuitas simpatizaron incluso con la “revolución sandinista”.

Algunos jesuitas, de hecho, se convirtieron en figuras muy relevantes en la estructura dirigente o política del “sandinismo”; como por ejemplo el ministro Fernando Cardenal, que había sido previamente vicerrector de estudiantes en la Universidad Centroamericana. Pallais, aún rector, decretó su salida de la universidad. A causa en buena medida de las presiones de la Santa Sede, Cardenal fue obligado a abandonar la Compañía de Jesús por ocupar una cartera ministerial en el gobierno “sandinista”, aunque más tarde regresó a la orden, en un hecho inédito en la historia de la Compañía de Jesús.

Fernando Cardenal (2009: 377) justificaba con esta argumentación la participación activa de sacerdotes católicos en la “revolución sandinista”, incluso en altas responsabilidades gubernamentales:

Pensaba que todas las revoluciones se habían hecho en la historia sin los cristianos, a pesar de los cristianos o contra los cristianos, y la sandinista era la primera revolución que se hacía con una profunda y amplia participación de los cristianos. Nuestra presencia como sacerdotes en la revolución se volvía enormemente importante para Nicaragua y para la historia de la Iglesia de América Latina.

En tal contexto puede asimismo afirmarse, en líneas generales, que la Universidad Centroamericana respaldó y se puso al servicio del proyecto sociopolítico que la “utopía sandinista” representaba, en los primeros años de la década de los 80. El “sandinismo” fue concebido, por parte de la Universidad Centroamericana, como una oportunidad sin parangón para luchar por la justicia social y de colocarse definitivamente del lado de los más pobres.

Muchos de los profesores más prestigiosos de la Universidad Centroamericana ocuparon cargos públicos de relevancia y la gran mayoría de los estudiantes simpatizaban con la causa “sandinista”. La oferta educativa de la Universidad Centroamericana se dirigió a “la formación de funcionarios para el nuevo Estado”. Las empresas públicas vivieron un momento de gran expansión y muchos alumnos consiguieron un puesto de trabajo en ellas antes de finalizar sus estudios universitarios. Se creó un modelo de Universidad ajustado a las necesidades del Estado sandinista y más particularmente, a sus necesidades ideológicas y políticas. No obstante, la Universidad Centroamericana descuidó la excelencia académica. No se encontró relevo para los mejores profesores que la abandonaron y el “sandinismo” empleó esta universidad para las campañas de recogida de algodón y café, para promover el voluntariado social o el servicio militar, siempre al servicio de su causa (X. GOROSTIAGA, 1993: 5).

La Universidad Centroamericana fue consciente del riesgo que, su respaldo expreso al "sandinismo", podía suponer. Aun así, con la perspectiva que el paso del tiempo ofrece, debemos concluir que la principal objeción que cabe lanzarla no es su manifiesto respaldo a la "revolución sandinista"; sino la postura no suficientemente crítica que mantuvo a menudo en su relación con ella, junto al deterioro de la calidad académica. Ahora bien, debemos matizar que ya a mediados de los años 80 y a través principalmente de la influyente revista *Envío*, la Universidad Centroamericana comenzó a hacer visible su desacuerdo con el gobierno "sandinista" y, sobre todo, en la medida que iba promoviendo políticas económicas de carácter "liberal".

Unos años antes, la jerarquía de la Iglesia Católica se fue distanciando del "sandinismo". Más aún, el arzobispo y luego cardenal Miguel Obando y Bravo se convirtió en la figura crítica contra el "sandinismo", que gozaba tanto de más reputación como de mayor notoriedad en la sociedad nicaragüense. La visita de Juan Pablo II a Nicaragua, en 1983, puso en evidencia tanto la división del catolicismo del país respecto al "sandinismo" como la oposición de la Santa Sede a él. No olvidemos tampoco que, además de Fernando Cardenal, hubo otros sacerdotes católicos que formaban parte del gobierno "sandinista".

El debate acerca del posicionamiento de la Iglesia Católica, y también de la Compañía de Jesús, respecto a la "revolución sandinista" superó, con creces, la geografía de Nicaragua y de la región de Centroamérica. Durante los años 80, la "revolución sandinista" se interpretó como un "laboratorio" de la Teología de la Liberación y al que el conjunto de los movimientos vinculados al "progresismo" eclesial, de aquellos años, prestaron gran atención.

Conocedor de que la mayoría de los jesuitas que trabajaban en Nicaragua respaldaban la "revolución sandinista", el general Pedro Arrupe (J. M^º. SARIEGO en G. LA BELLA (ed.), 2007: 461) escribió una carta, a los pocos meses del derrocamiento del "somocismo", en la que daba su visto bueno al "apoyo crítico" a la misma.

De todas las maneras, los jesuitas de la Universidad Centroamericana y del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) se identificaron más con el "sandinismo" que el resto de quienes residían en el país.

Los reproches que se vertieron contra el "sandinismo" –dentro y fuera de Nicaragua– en la década de los 80 se achacaron principalmente a:

- ✓ Que no garantizó la pluralidad política.
- ✓ Que puso trabas muy visibles a la libertad de expresión, como por ejemplo a uno de los principales periódicos del país (diario *La prensa*).
- ✓ Que se deslizó hacia el “populismo”.
- ✓ Que no fue capaz de poner fin a la guerra civil (“sandinismo” versus “La Contra”).

Pese a todo ello, es justo también matizar que la “revolución sandinista” fue “torpedeada” por Estados Unidos, quien apoyó y financió a “La Contra nicaragüense”. El gobierno de la “revolución” se sintió “obligado”, año tras año, a desembolsar un porcentaje muy importante de su presupuesto a financiar la guerra civil, que sembró muerte y destrucción.

En otro orden de cosas, es necesario subrayar un hecho diferencial de la Universidad Centroamericana frente al conjunto de las pertenecientes a la Compañía de Jesús, tanto de América Latina como de otras regiones: Haber logrado, a partir de la “revolución sandinista”, los recursos públicos necesarios para proporcionar una oferta de enseñanza gratuita, gracias a su participación en el Consejo Nacional de Educación Superior (CNES). Esto favoreció, naturalmente, una educación inclusiva y de la que también se pudieron beneficiar las clases sociales menos pudientes; si bien contribuyó, por otra parte, a una todavía mayor identificación de la Universidad Centroamericana con el “sandinismo”.

Tengamos en cuenta, de todos modos, que en 1990 se llegó a determinar –por normativa– que el presupuesto público destinado a financiar el sistema universitario no fuera menor que el 6% del total. Un porcentaje bastante elevado comparado con los de otros muchos países de similares ingresos económicos³.

A razón de su posicionamiento político a favor del “sandinismo”, puede quedar abierta la cuestión –todavía hoy– de si es justo o no valorar, como ejemplos de los cuales tomar nota e incorporarlos al templo de las buenas prácticas en la promoción de la justicia social, las opciones y la trayectoria de la Universidad Centroamericana durante la “revolución”.

Aceptamos, y hasta compartimos, las críticas que corrientemente se lanzan contra el “sandinismo” y las que acusan de parcialidad política a la Universidad

---

³ Véase a este respecto, por ejemplo, el informe de Emilio PORTA PALLAIS (2001).

Centroamericana en ese contexto histórico. El rector Xabier Gorostiaga (1993: 5) reconocía públicamente, unos años después, que *hubo más apoyo que crítica hacia la revolución*⁴.

Pero hemos de reconocer que la motivación última que movió a esta universidad fue acompañar y respaldar los anhelos de cambio, en clave de justicia y opción preferencial por los pobres, que eran mayoritarios en la sociedad nicaragüense y que, en aquellos momentos, salía de una muy dura y larga dictadura protagonizada por la familia Somoza.

Tras el desalojo del “sandinismo”, en 1990 con la victoria de Violeta Chamorro y la Unión Nacional Opositora (UNO), la Universidad Centroamericana, y esta vez bajo el rectorado del jesuita vasco Xabier Gorostiaga (que había ocupado cargos directivos en el Ministerio de la Planificación), no varió sustancialmente su orientación sociopolítica. La Universidad Centroamericana se mantuvo muy crítica con las políticas de carácter “neoliberal” que tomaron gran vigor en la era “postsandinista”, durante los primeros años de los 90. De hecho, la Universidad Centroamericana fue calificada como un “foco de resistencia del sandinismo”. También hemos de resaltar la lucha liderada por Xabier Gorostiaga, en aquellos años, para que el gobierno nicaragüense siguiera destinando el 6% de su presupuesto a las universidades, con el fin de garantizar una educación de calidad e inclusiva.

Precisamente debemos incidir en el liderazgo que en particular Gorostiaga, desde su cargo de rector de la Universidad Centroamericana en el intervalo de 1991 a 1997, ejerció sobre la comunidad universitaria. Gorostiaga era economista y seguidor de la Teología de la Liberación. Fue estudioso de los procesos económicos de la región centroamericana y se mostró siempre muy preocupado por las situaciones de desigualdad, pobreza y desajustes entre los países del Norte y del Sur. Algunos años después de su muerte, acaecida en 2003, la Universidad Centroamericana inauguró la Cátedra Xabier Gorostiaga con el fin de continuar la senda de su legado.

---

⁴ Por ejemplo, el propio Xabier GOROSTIAGA (1989: 5) se mostraba crítico con el “sandinismo”, unos meses antes de su derrota electoral causada por la luego presidenta Violeta Chamorro, haciendo reflexiones como las siguientes:

Los elementos ideológicos y las estructuras institucionales del sandinismo (...) son imposibles de consolidar sin la democracia participativa. Esta democracia crea las bases para la movilización y organización de toda la población en su lucha por conseguir dichas transformaciones en un país históricamente sometido y subdesarrollado. La necesidad de combinar la democracia electoral con la democracia participativa, superando los esquematismos ideológicos, es también un componente que refuerza la economía mixta, el pluralismo político y el no – alineamiento.

En los primeros años del siglo XXI, la Universidad Centroamericana ha seguido jugando un papel muy relevante en la vida política de Nicaragua, ya que continúa constituyendo una de las instituciones referenciales dentro del país. Es un elemento a destacar que la revista *Envío*, y la universidad en general, ha continuado manteniendo una línea editorial crítica con el “neoliberalismo” y también con el tercer gobierno del antiguo “revolucionario” Daniel Ortega, fiel a su tradición ya de varias décadas e independientemente de quien sustente el poder político.

3. Universidad Rafael Landívar (Guatemala) y los “campus indígenas”

La Universidad Rafael Landívar fue fundada en 1961, en los mismos años que los otros dos centros de estudios superiores jesuitas de Centroamérica, y lo hizo desde similar óptica sociopolítica que ellos⁵. En 2011, era una de las universidades de América Latina con mayor número de estudiantes (más de 20.000).

Por el asunto que nos ocupa hay que subrayar que, en grandes líneas, la Universidad Rafael Landívar no fue asimilando el compromiso sociopolítico, muy crítico con la “derecha política y económica” que, a lo largo de la década de los 70, los otros dos centros de estudios superiores de la Compañía de Jesús, ubicados en Centroamérica, fueron haciendo suyo. Esta situación produjo algunas divisiones o hasta tensiones entre los jesuitas que trabajaban en esta provincia canónica.

De todas las maneras, no se puede solo achacar a los jesuitas el “rumbo ideológico” que la Universidad Rafael Landívar vivió entonces, ya que los laicos siempre han gozado de gran influencia en los órganos de gobierno y de gestión de esta institución. Otras obras jesuitas del país, y en particular el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) que fue trasladado a Managua en 1980, sí continuaron, en cambio, una “senda ideológica” similar a la que las otras dos universidades centroamericanas recorrieron.

---

⁵ En alusión implícita a su carácter “anticomunista”, el acta fundacional de la Universidad Rafael Landívar manifestaba lo siguiente:

Que la cultura humanística del mundo occidental se encuentra hoy amenazada por fuerzas que pretenden reducir lo humano a mera materia, con evidente desprecio de las raíces divinas y espirituales del hombre, a quien se trata de subsumir dentro de la estructura de Estados deshumanizados y transpersonalistas, por lo que se hace tanto más evidente la necesidad de robustecer, consolidar y hacer florecer las actividades del pensamiento tendientes a dotar al hombre de los mejores medios de lograr su más alto destino.

Sin embargo es adecuado admitir que, en aquellos años, la situación en Guatemala era todavía más peligrosa que la que se vivía en El Salvador o Nicaragua. Algunos jesuitas murieron también violentamente⁶. Entonces, si la Universidad Rafael Landívar habría participado más activa, abierta y públicamente en la denuncia de injusticias sociales o habría colaborado con la oposición política a las fuerzas “derechistas”, es muy probable que una parte importante de su comunidad educativa –no solo los jesuitas– hubiera sido víctima de persecuciones, amenazas y, no rara vez, de asesinatos.

Si su orientación hubiera sido finalmente otra, no habría sido extraño que, en la Universidad Rafael Landívar, se hubiera repetido una tragedia parecida a la que aconteció, en 1989, en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador. Y aunque, a raíz de los crímenes, la universidad de los jesuitas de El Salvador ganó en prestigio –nacional e internacional– y dio el espaldarazo al compromiso de los apostolados educativo e intelectual de la Compañía de Jesús a favor de la justicia, se perdieron vidas inocentes (comenzando por dos mujeres) y además no se encontró nunca relevo, de la misma altura, al equipo de religiosos asesinados.

La Comisión para el Esclarecimiento Histórico (1999) calculó que 200.000 personas habían muerto o desaparecido entre 1962 y 1996 en Guatemala a causa del conflicto armado, la inmensa mayoría de ellas a manos de grupos gubernamentales (ejército, “paramilitares”,...).

En este contexto, desde instancias gubernamentales, la Compañía de Jesús –e incluso el conjunto de la Iglesia Católica– fue acusada de connivencia y apoyo a los movimientos guerrilleros que luchaban en el país⁷. Llegó a preocupar seriamente la

---

⁶ A principios de los años 80, el jesuita español Carlos Pérez Alonso fue secuestrado en un hospital militar y después asesinado, mientras que el también español Fernando Hoyos murió combatiendo en las filas de la “guerrilla”, una vez que expresó su deseo de abandonar la Compañía de Jesús. Aun así, Hoyos fue incluido en la relación de difuntos de la Compañía de Jesús de la provincia de Centroamérica, debido a que no había terminado de tramitarse su salida de la orden, como correspondía a un “profeso de cuatro votos”.

⁷ En 1981, el jesuita guatemalteco Luis Eduardo Pellecer fue secuestrado durante casi cuatro meses e inesperadamente salió ante los medios de comunicación reconociéndose como guerrillero arrepentido y acusando a la Compañía de Jesús y a la Iglesia Católica de respaldar a los “movimientos revolucionarios”. La Compañía de Jesús lo interpretó como un “montaje” y un “lavado de cerebro”. Pellecer acabó abandonando la orden de los jesuitas y el sacerdocio.

Hay que añadir que la rápida expansión del protestantismo en Guatemala y en otros países centroamericanos, en estos años, también formó parte de una estrategia auspiciada por el poder político,

posibilidad de que se decretara la expulsión de la Compañía de Jesús de territorio guatemalteco. Tengamos en cuenta también que buena parte de los jesuitas que trabajaban en Centroamérica eran extranjeros, sobre todo españoles.

No obstante, y como característica diferencial respecto a otros centros de estudios superiores de la Compañía de Jesús, hemos de destacar como buena práctica –en el ámbito de la promoción de la justicia– lo siguiente: La creación de “campus” o de delegaciones de la Universidad Rafael Landívar en distintas regiones de Guatemala, incluidos territorios con más pobreza y en los que hay una mayor presencia de población indígena. Esto ya ocurría en los años 60. La diversificación geográfica de la Universidad Rafael Landívar es inusual tanto entre las universidades jesuitas como en el resto de las de iniciativa social. En total, la Universidad Rafael Landívar cuenta con cuatro “campus” regionales y otras seis sedes, localizados en diferentes zonas de la geografía guatemalteca.

La población indígena de Guatemala presenta unos índices muy bajos de matriculación en la universidad. La Universidad Rafael Landívar está participando en programas para incentivar el acceso a ella de este colectivo, con el apoyo de diferentes instituciones y a través de sistemas de becas u otras iniciativas.

El segundo “campus” con más número de alumnos de la Universidad Rafael Landívar y el más importante localizado en una de las zonas con mayor población indígena, es el de Quetzaltenango. Este “campus” cuenta con alrededor de 5.000 alumnos, de los cuales en torno a 2.000 son indígenas. Y es un hecho muy singular la impartición de clases los sábados, desde la mañana hasta el atardecer, en las que están matriculados principalmente indígenas. Ocurre que muchos de estos alumnos están obligados a trabajar de lunes a viernes, a razón de cubrir sus necesidades económicas y las de sus familias, y solo pueden dedicarse al estudio los fines de semana.

Por otro lado es importante subrayar, además, que la Universidad Rafael Landívar, por medio de su red de “campus” en las zonas con mayor población indígena, más pobres y en donde también se produjeron conflictos armados de gran relevancia, ha estado cooperando activamente en el cumplimiento de los Acuerdos de Paz que

---

y en connivencia con el gobierno de Estados Unidos, para frenar la influencia de la Iglesia Católica. En general, los grupos protestantes fueron menos activos y beligerantes que la Iglesia Católica en la defensa de los Derechos Humanos y en la denuncia de las injusticias sociales. Así, por ejemplo, puede valorarse muy positivamente la condena pública de la represión que los obispos católicos del país hicieron en aquellos momentos y con el respaldo de la Santa Sede.

se suscribieron en los años 90. En tales acuerdos, se promovió asimismo el acceso a la educación en todos los niveles y la capacitación de la población indígena, como vehículos para la superación de injusticias que provocaran “levantamientos armados”.

La situación en Guatemala era harto complicada para la Compañía de Jesús. Se especuló que los jesuitas podían ser expulsados del país, como ya ocurrió en 1870. El gobierno acusó, además, al conjunto de institutos religiosos de adoctrinamiento ideológico al alumnado de sus colegios.

4. Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador: *Santuario de mártires*

La Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador ha sido, con toda seguridad, el “buque insignia” de la lucha por la justicia de la flota de centros de estudios superiores de la Compañía de Jesús. Los asesinatos en 1989 de Ignacio Ellacuría, de cinco jesuitas más y de dos mujeres –que se hospedaron esa noche en casa de los religiosos por creer que ahí encontrarían mayor seguridad– han pasado a la historia como la demostración más radical, y a la vez más dramática, del compromiso de las universidades de la Compañía de Jesús con la causa de la justicia.

En el mundo universitario de la Compañía de Jesús y del resto de la Iglesia Católica no se conocía otro hecho tan trágico, al menos en las décadas más recientes. Por lo tanto, este acontecimiento obligó al resto de los centros de estudios superiores de la Compañía de Jesús y a otros muchos de carácter confesional, a interrogarse sobre cuál es su aportación individual y específica en la lucha por la justicia.

Retornando a la figura de Ellacuría y a la trayectoria de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” durante las décadas de los 70 y 80, hay que insistir en que constituyen mucho más que una buena práctica en el trabajo a favor de la justicia. Han trazado un emblema que supera los espacios de actuación de los apostolados educativo e intelectual de la Compañía de Jesús. Por lo tanto, estamos en la obligación de detenernos, de manera particular, en este “estudio de caso” tan singular.

Ellacuría era una personalidad bien conocida en la Compañía de Jesús, al igual que el compromiso por la justicia social que, bajo su liderazgo, esta universidad había

ido asumiendo desde los años 70. La "matanza" en el "campus" de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" de San Salvador obtuvo una resonancia mundial y generó, al mismo tiempo, una ola de solidaridad con el pueblo salvadoreño y de reconocimiento internacional a la Compañía de Jesús y a su labor en el terreno de la justicia social. Puede llegar a afirmarse, incluso, que el asesinato de los jesuitas, en 1989, encontró más eco en la comunidad internacional para involucrarse en poner fin a la guerra civil, que las decenas de miles de víctimas mortales que había provocado en alrededor de una década.

Asimismo, estos asesinatos contribuyeron a relajar y hasta a poner fin a recelos que, en el seno de la Compañía de Jesús pero sobre todo en otras instancias de la Iglesia Católica, suscitaba el apoyo que un número muy relevante de jesuitas, que trabajaban en América Latina, concedieron a la Teología de la Liberación.

Es importante señalar que no pasó mucho tiempo para que, en el marco de la orden de los jesuitas, las personas asesinadas en este "campus" fueran calificadas como "mártires", a pesar de que el término no concuerda con el significado exacto que la Iglesia Católica utiliza. Porque el concepto "mártir", en el sentido estricto de la tradición católica, es referido a quien ha perdido la vida a manos de quienes se declaran enemigos del cristianismo y a causa de ello. Pero tanto entre aquellos que planificaron la "matanza" como entre quienes "diligentemente" la ejecutaron se contó un número significativo de católicos confesos. Lo que sí es evidente, empero, es que (al menos en el caso de los seis jesuitas) su vida y su compromiso en la universidad los concibieron, de principio a fin, desde un ejercicio de coherencia y de exigencia como creyentes. Fueron víctimas de su trabajo a favor de la justicia social que su fe cristiana les reclamaba; además de ser calumniados desde la radio gubernamental los días previos a la "matanza", acusándoles de "comunistas".

Cuando los asesinatos se produjeron, los jesuitas que residían en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" de San Salvador vivían de manera completamente austera, estaban cohesionados en la lucha por la justicia social y eran liderados, claro está, por el vasco Ignacio Ellacuría que había sido designado rector en 1979. Continuando refiriéndonos a la influencia de Ellacuría, cabe resaltar por ejemplo su incidencia en la producción teológica de Jon Sobrino, profesor de esta universidad y miembro de la misma comunidad religiosa. Sobrino, que se encontraba en el extranjero el día de la "matanza", se ha convertido también, en buena medida, en "albacea" de los "mártires".

Los asesinatos acontecieron en uno de los momentos más decisivos de la guerra civil de El Salvador; ya que la "guerrilla" había lanzado una gran ofensiva y las

fuerzas gubernamentales temieron seriamente perder la contienda bélica. Enseguida las sospechas de la “matanza” se cernieron sobre las “tropas de elite” del ejército salvadoreño que, a su vez, buscaron culpabilizar infructuosamente a la “guerrilla” (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional – FMLN). Estos militares pertenecían al temido batallón Atlacatl, cuyo origen se encontraba en la “Escuela de las Américas”, patrocinada por Estados Unidos y bajo las premisas ideológicas sustentadas en un visceral “anticomunismo”.

Desde hacía una década, la guerra civil de El Salvador se había saldado con alrededor de 75.000 muertes y entre sus víctimas también se contaba, como no podía ser de otra forma, un número reseñable de “estudiantes matriculados” o “recientemente titulados” en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. La guerra civil, como el resto de conflictos armados que se reproducían en Centroamérica, se contextualizaba, desde luego, en el tablero de la Guerra Fría y, más aún, en el marco de los intereses de la política exterior de Estados Unidos en la región.

El asesinato de Ellacuría fue urdido como represalia a los avances que la “guerrilla” fue cosechando, durante las semanas anteriores. Oficiales de alto rango de las fuerzas armadas de El Salvador fueron quienes ordenaron registrar esta universidad y la casa de los jesuitas unos días antes de la “matanza” y luego idearon el asalto. Estuvieron convencidos que, con estos crímenes, tenían la “oportunidad” de neutralizar el importante influjo de la universidad de la Compañía de Jesús sobre la sociedad salvadoreña y dar por terminada, para siempre, su postura tan crítica con el ejército y la oligarquía. Los soldados recibieron instrucciones de no dejar un solo testigo; de modo que, además de Ellacuría, asesinaron a todos a quienes, aquella noche, descubrieron en el “campus”. Pasadas algunas décadas desde la “matanza”, la universidad y la provincia jesuita de Centroamérica han seguido insistiendo en la necesidad de continuar investigando y esclareciendo los hechos, no para encarcelar a los autores e instigadores de los asesinatos; sino con el fin de determinar definitivamente la verdad que podría resarcir a la justicia y a las víctimas.

La Iglesia Católica en El Salvador gozaba, en aquellos años, de gran influencia en la sociedad y, en las dos décadas anteriores, se había distinguido por su compromiso con las clases desposeídas. La Teología de la Liberación había encontrado “caldo de cultivo” en la comunidad católica y la sociedad salvadoreña. Un número importante de sacerdotes católicos y de religiosos habían sido asesinados. A lo largo de los años 70, se organizaron campañas de desprestigio contra el clero salvadoreño y la Compañía de Jesús, en su conjunto, fue amenazada de muerte. La

“extrema derecha” salvadoreña llegó a difundir octavillas con el siguiente eslogan: ¡Haga patria! ¡Mate a un cura! Y los obispos del país denunciaron públicamente la persecución contra la Iglesia Católica que se estaba perpetrando.

El propio arzobispo Óscar Romero murió tiroteado, en 1980, mientras presidía la celebración de la misa. Unos días antes, a través de sus habituales homilías que la radio de la archidiócesis transmitía, había denunciado la *represión*⁸ que el pueblo salvadoreño sufría a manos de los aparatos gubernamentales. Romero, que vivió su propia “conversión personal” tras el asesinato de su amigo y jesuita Rutilio Grande en 1977 –al iniciarse su gobierno como arzobispo–, llegó a ser una personalidad de reputación internacional y que conservaba una estrecha relación con la Compañía de Jesús, con la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” y, por supuesto, con su rector Ellacuría⁹.

Ellacuría declaró, ilustrativamente, que *con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador*. El propio Ellacuría fue uno de los sacerdotes que portó su féretro durante el funeral y naturalmente fue también el artífice de su nombramiento como doctor “honoris causa” –de manera póstuma– por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

En la concesión de este doctorado, en 1985, el rector se refería así a la relación entre el arzobispo asesinado y la universidad (I. ELLACURÍA, 1999: 231–2):

Pero es con la llegada de Mons. Romero a la arquidiócesis, cuando la universidad cobra mayor y mejor conciencia de su misión. Se ha dicho, malintencionadamente, que Mons. Romero fue manipulado por nuestra universidad. Es hora de decir pública y solemnemente que no fue así. Ciertamente, Monseñor pidió nuestra colaboración en múltiples ocasiones y esto representa y representará para nosotros un gran honor, por quien nos la pidió y por la causa por la que nos la pidió. Colaboración en el análisis político de la realidad nacional, colaboración también en planteamientos teológicos, especialmente con ocasión de sus cartas pastorales.

Puede decirse que, en parte, Ellacuría cubrió el “vacío” que Romero dejó en la defensa de la causa de los pobres y en la denuncia pública de la represión que se ejercía

---

⁸ Exactamente, el arzobispo Óscar ROMERO (1983: 94) pronunció estas palabras, que en cierta medida también escribieron su epitafio: *En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, ¡les ordeno! en nombre de Dios: ¡Cese la presión!*

⁹ El jesuita Jon SOBRINO (2004: 18 – 9) hablaba así de la influencia del arzobispo sobre Ellacuría: *A Ellacuría se le apareció monseñor Romero, y uso el término aparecer conscientemente para expresar lo que en ello hubo de inesperado, destanteador y bienaventurado.*

desde el aparato estatal. En el momento de su asesinato, en 1989, Ellacuría era una personalidad con gran prestigio dentro de la sociedad salvadoreña y también en el seno de la Iglesia Católica de América Latina. Tanto él como la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” comprendían un punto de referencia intelectual, en El Salvador, que ninguna otra figura o institución pudo superar.

Hay que señalar que la Compañía de Jesús no ha incoado los procesos de beatificación ni de Ellacuría ni del resto de los asesinados en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, a diferencia de lo que sí ha ocurrido con el arzobispo Romero. Aun así, los restos mortales de los seis jesuitas asesinados descansan en el mismo “campus” de la universidad, que también se ha transformado, en consecuencia, en un “santuario de mártires”.

Buen número de instituciones creadas luego de 1989, y no siempre pertenecientes a la Compañía de Jesús, llevan el nombre de Ignacio Ellacuría, en homenaje a su labor al frente de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Su memoria sigue viva y, después de su “martirio”, su influencia y notoriedad han ido ganando presencia no solo en la orden de los jesuitas.

El general Kolvenbach se ha referido, en distintas ocasiones, al pensamiento de Ellacuría. En 2000, durante el importante discurso en la Universidad de Santa Clara, en Estados Unidos, que estuvo centrado en la promoción de la justicia, Peter Hans Kolvenbach (2008: 178–179) recordaba las palabras que Ellacuría pronunció en aquel mismo lugar en 1982, abogando por centros de estudios superiores volcados en la opción preferencial por los pobres:

Cfr. 27. Una universidad cristiana tiene que tener en cuenta la preferencia del evangelio por el pobre. Esto no significa que sean los más pobres los que deban entrar a cursar sus estudios en la universidad, ni que la universidad deba dejar de cultivar toda aquella excelencia académica que se necesita para resolver los problemas reales que afectan a su contexto social. Significa más bien que la universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón.

En 1999, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” publicó los ensayos, artículos o discursos “universitarios” de Ignacio Ellacuría. Sus obras completas han sido también editadas¹⁰. Transcurridas dos décadas desde su asesinato, no nos

¹⁰ Más recientemente la Universidad de Deusto ha publicado, en una misma obra, 40 artículos redactados por Ellacuría desde 1969 hasta el momento de su muerte. Véase, Ignacio ELLACURÍA (2012).

equivocaríamos si afirmáramos que las disertaciones “universitarias” de Ellacuría han sido las que más se han centrado en el ámbito de la promoción de la justicia social y que con mayor rigor intelectual se han pronunciado, al menos, en el marco de los centros de estudios superiores católicos.

Nítidamente, y en contraste por ejemplo con los discursos universitarios del superior general Peter Hans Kolvenbach (2008), la justicia social es un aspecto mucho más medular. Ahora bien, es necesario matizar que Kolvenbach fue elegido preposición general en la Congregación General XXXIII y que posteriormente convocó la Congregación General XXXIV, en las que se confirmó la misión de la Compañía de Jesús, en términos de fe y justicia, y se profundizó en ella. Entendemos, por otro lado, que las intervenciones públicas del líder de la Compañía de Jesús, como máximo responsable de todas las universidades jesuitas, no pueden quedar concentradas en temáticas tan específicas como sí puede ser aceptado, e incluso exigible, en el caso del rector de un centro ubicado por ejemplo en un entorno repleto de injusticias. Con todo, la producción intelectual de Ellacuría es muy rica en el plano teológico y filosófico, y va mucho más allá del área del compromiso universitario a favor de los colectivos sociales más vulnerables o de la causa de la justicia social.

Ya, en 1972, Ignacio Ellacuría (1999: 46–47) tenía bien clara la función que le correspondía a la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” en el contexto histórico en el que estaba llamada a desenvolverse:

No es difícil ver que en la situación actual del país, la Universidad tiene la ineludible obligación de criticar intelectual y universitariamente la realidad nacional, tanto en sus vertientes técnicas como en sus vertientes políticas. No sólo para proponer soluciones y modelos de solución, sino para contribuir a formar una conciencia operativa que potencie o frene, según los casos, las fuerzas operantes en torno al cambio social.

Es evidente, en cualquier caso, que la orientación que, a lo largo de los años 70, se fue consolidando en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” supuso una ruptura de gran calado con los “pilares ideológicos” sobre los que su fundación se gestó. Esta universidad, al igual que por ejemplo la Universidad Centroamericana de Managua, se posicionó frente a los intereses económicos y políticos de la oligarquía, que no mucho tiempo atrás había jugado un papel fundamental en su inauguración y patrocinio. El malestar entre las clases sociales más pudientes respecto al nuevo rumbo de estas universidades jesuitas quedó patente de forma expresa.

La presencia de Ellacuría en cargos directivos de esta universidad fue fundamental a la hora de argumentar la línea de compromiso sociopolítico, a la luz de la opción

preferencial por los pobres y al eco de la Teología de la Liberación¹¹. Entre 1968 y 1975, Ellacuría no pocas veces luchó desde posiciones de minoría en la Junta de Directores de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Pero a partir de la segunda mitad de los años 70, su liderazgo al frente de esta comunidad universitaria fue incuestionable, al tiempo que, en buena medida través de él, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador ejerció una función de liderazgo social en el país fuera de toda duda. La proyección social de la universidad de los jesuitas sobre el pueblo salvadoreño se tradujo en iniciativas como, por ejemplo, las siguientes:

- ✓ La universidad era el principal referente intelectual de El Salvador. Así, por ejemplo, este centro educativo elaboró y difundió mensualmente, a través de la revista *Estudios CentroAmericanos (ECA)*, ensayos e investigaciones de carácter socioeconómico que fueron inéditos y que dejaron constancia científica –por primera vez en los años 70– de la realidad del país, de las injusticias sociales que se reproducían y de la necesidad de acometer reformas políticas y económicas de manera inmediata. En este sentido queremos recordar, además, que el ubicar a la institución y a la comunidad universitaria en la realidad y profundizar en esta misma realidad, para describirla tal y como es, están en plena sintonía con algunos de los elementos más singulares de la espiritualidad ignaciana y de la pedagogía jesuita.
- ✓ La universidad inauguró, a principios de los 80, el Vicerrectorado de Proyección Social, precisamente con el fin de tender puentes con la sociedad salvadoreña y favorecer su impacto sobre ella, en términos de promoción de la justicia. El titular de este vicerrectorado fue también el propio rector Ellacuría.
- ✓ La universidad apoyó y asesoró los intentos de reforma agraria en los años 70 y respaldó a la “primera Junta Revolucionaria de Gobierno” que se creó en 1979. Es más, estuvo al corriente del golpe de Estado que se planeaba para la constitución de la “primera Junta Revolucionaria de Gobierno”, en la que participó el rector de la universidad (Román Mayorga), antecesor de Ellacuría. Sin embargo, la “primera Junta Revolucionaria de Gobierno” fracasó al poco tiempo de ser creada.
- ✓ La Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” quiso mantener una posición neutral en la guerra civil para facilitar espacios de diálogo, debate y

¹¹ En palabras de Jon Sobrino, se aceptó *universitariamente la teología de la liberación* (J. M^a. GUIBERT (coord.), 2012: 173).

mediación que la “humanizaran” y buscaran alternativas que pusieran fin a la contienda bélica que desangraba el país en la década de los 80. La presencia de Ellacuría y de otros miembros de la comunidad universitaria en los medios de comunicación social fue también usual durante estos años. En este contexto de guerra civil la universidad creó, por ejemplo, la Cátedra de Realidad Nacional o el Instituto de Derechos Humanos (IDHUCA).

- ✓ La universidad introdujo a iniciativa de Ellacuría, en la oferta académica, *la asignatura obligatoria de Realidad nacional y la obligación del estudiante de hacer un trabajo de campo, bien en los suburbios de la capital bien las zonas deprimidas del mundo rural* (A. TAMAYO AYESTARÁN, 2011: 16).

Ellacuría era, por otro lado, una figura de gran peso intelectual. Nacido en el País Vasco, ingresó en la Compañía de Jesús y enseguida fue destinado a América Latina. Era un reconocido filósofo formado en Europa, en una época en la que la filosofía y la fe cristiana se habían distanciado sobremanera. Era también uno de los principales representantes de la Teología de Liberación. Había sido discípulo del filósofo Xabier Zubiri y del gran teólogo jesuita Karl Rahner.

El pensamiento de Ellacuría proclama la “historización” del Reino de Dios en el camino a la utopía, que implica tanto la transformación de la personalidad de los individuos como de las estructuras sociopolíticas y económicas existentes. Dejemos que sea el propio filósofo el que hable en uno de sus textos (I. ELLACURÍA y otros, 1994: 100): *Hay una experiencia personal de Dios, pero la realidad más plena de Dios sólo se ha hecho presente y sólo puede hacerse presente en una realidad histórica.*

Ellacuría creyó en la necesidad de “refundar” la institución universitaria, no solo el centro educativo que él presidía en El Salvador. Deseaba que su universidad se volcara a favor de la transformación social, de la democratización del país y de la causa de los pobres. Anhelaba que la comunidad universitaria desplegara un espíritu crítico con la realidad sociopolítica salvadoreña en pro de los intereses de los colectivos desfavorecidos que, además, constituían la mayoría de la población del país. Al hilo de esto, Ignacio Ellacuría (1999: 54–55) se expresaba de esta manera:

Una universidad de inspiración cristiana no puede tener duda sobre el partido que ha de tomar. No siendo posible, en un determinado momento histórico, la superación anuladora de las diferencias, tiene que ponerse de parte de aquellos sectores, que no sólo son la mayoría, una mayoría tan aplastante, que ya sólo por esta razón cuantitativa puede considerarse como la auténtica representativa de los intereses generales, sino que son la mayoría injustamente deshumanizada. En este sentido, no pueden ser las clases

dominantes el criterio de su orientación, sino los intereses objetivos, científicamente procesados, de las mayorías oprimidas.

En este afán, debemos subrayarlo, Ellacuría no tenía en su mano otros precedentes, es decir, modelos de universidad que tomar como referencia, dentro o fuera de la Compañía de Jesús. Y ésta es una cuestión muy interesante que no podemos dejar pasar desapercibida y que dota, de todavía más valor, a la personalidad y a la labor de este jesuita. Ellacuría no contaba ni con el paradigma de la Responsabilidad Social Universitaria (RSU) ni con el de Ledesma – Kolvenbach¹² ni con otros que se les parecieran.

Porque Ellacuría se sostuvo, básicamente, en su propio carisma y creatividad, en su energía personal y en su valentía; en su análisis de la realidad salvadoreña a la luz de su perfil intelectual o académico; en sus sentimientos de solidaridad cristiana; en la implicación de la comunidad universitaria en el proyecto educativo que estaba dispuesto a liderar. Se inspiró y obtuvo aliento en los documentos de las Conferencias de Obispos de Medellín y de Puebla o en los decretos de la Congregación General XXXII y se sintió, al mismo tiempo, respaldado por sus superiores de la Compañía de Jesús.

Desde esta perspectiva, sería iluso el exigir al conjunto de los rectores de las universidades jesuitas que “imiten” a Ellacuría o, incluso, seguramente no sería apropiado que lo tomaran como primera referencia. Ellacuría reunía una serie de cualidades personales muy poco comunes y, por supuesto, dio respuesta a un contexto histórico muy singular que, en nuestros días, es irrepetible en prácticamente cualquier lugar geográfico; a pesar de que el propio Peter Hans Kolvenbach (2008: 187) lo sugirió como modelo a seguir en su conocido discurso en la Universidad de San Clara:

Cfr. 60. Parafraseando a Ignacio Ellacuría, pertenece a la naturaleza de toda universidad ser una fuerza social, y es nuestra particular vocación como universidad de la Compañía asumir conscientemente esa responsabilidad para convertirnos en una fuerza en favor de la fe y de la justicia.

De todas formas, y ahora mismo, pasadas varias décadas desde la desaparición de Ellacuría, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” es un icono

¹² En la primera década del siglo XXI, el prepósito general de la Compañía de Jesús, Kolvenbach, fue construyendo un paradigma para la gestión de los centros de estudios superiores a través de los discursos universitarios que pronunció, por todo el mundo. Kolvenbach sintetizó la misión del apostolado intelectual de la Compañía de Jesús, queriendo basarse en la mejor tradición educativa jesuita, que se remonta a mediados del siglo XVI y a las formulaciones pedagógicas de Diego Ledesma. Véase Peter Hans KOLVENBACH (2008)

para el resto de centros de estudios superiores de la Compañía de Jesús. Algunos números de la revista *Estudios CentroAmericanos (ECA)* recopilaron también el discernimiento de Ellacuría acerca de la misión que la institución universitaria debía desarrollar, además de los análisis sociopolíticos y económicos a los que ya hemos hecho alusión.

Una editorial de la revista *Estudios CentroAmericanos (ECA)* (1976: 637–643), escrita por Ignacio Ellacuría y titulada “A sus órdenes, mi capital”, causó hondo malestar en el gobierno “derechista” salvadoreño, quien minoró las ayudas públicas a la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. En este artículo, que protestaba por la falta de iniciativa gubernamental para desarrollar una auténtica reforma agraria, Ellacuría dejó escrito que la sociedad salvadoreña se encontraba bajo una *dictadura de la burguesía*, y posicionaba a su universidad *a favor de un Estado que empiece a representar los intereses reales de las mayorías y que empiece a dejar de ser una careta del poder oligárquico*.

Varias bombas hicieron explosión en el “campus”, colocadas por grupos vinculados a la “extrema derecha”, en protesta por la orientación y el compromiso que la universidad fue tomando en nombre de la justicia y la defensa de los Derechos Humanos. Al tiempo que el clima sociopolítico se iba enrareciendo en todo el país y la guerra civil se iba abriendo paso, el propio Ellacuría hubo de marchar a España en 1980, en donde permaneció hasta 1982. Sin embargo, durante estos años de exilio, siguió siendo rector de la universidad.

Al regreso de España, Ellacuría se decidió a mediar en la guerra civil, desde la premisa de que no era posible que ninguno de los dos bandos (fuerzas militares gubernamentales y “guerrilla”) lograra la victoria. Abogó por llegar a acuerdos de mínimos que pusieran fin cuanto antes al conflicto bélico que, año tras año, fue causando la muerte de miles de salvadoreños. Precisamente, y conforme a lo ya dicho, la conmoción mundial que en 1989 la masacre de la universidad causó, favoreció, por un lado, que los dos bandos entablaran negociaciones para poner fin cuanto antes al conflicto y, por otro, que la comunidad internacional se implicara activamente en el proceso de paz. En suma, la sangre derramada en el “campus” de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador no fue en balde.

Ciertamente “Mayo del 68” pretendió descubrirnos, en las universidades parisinas, “emblemas de rebeldía” frente a las injusticias sociales, protagonizados por los hijos de una sociedad acomodada. Pero a pesar de su trascendencia histórica y de ser exponente de los cambios sociales que se reproducían en esos años en los

países desarrollados, aquél fue –a nuestro entender– un fenómeno que valoramos sobredimensionado, desde el punto de vista de su capacidad para articular y consolidar respuestas de solidaridad con los más pobres. Ahora bien, en este diminuto país centroamericano, la universidad de los jesuitas –entre los convulsionados años 70 y 80– se posicionó a la “vanguardia intelectual” de la nación en la opción preferencial por los pobres y por el cambio social, configurándose como un grupo de presión de primera categoría y con las espeluznantes consecuencias que todo ello trajo consigo. Ya, en 1980, un estudiante fue asesinado en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” a manos de la policía que había irrumpido en el “campus”.

Asimismo dirigentes de la Universidad de El Salvador, de titularidad pública, tomaron una senda similar que el centro de educación superior de los jesuitas. De hecho, también en 1980, el rector de la Universidad de El Salvador, el ingeniero Félix Ulloa, fue asesinado a manos de grupos “paramilitares”. Previamente el “campus” de la universidad pública había sido ocupado por el ejército salvadoreño.

Resta decir que Ellacuría tuvo muy claro que el compromiso sociopolítico de la universidad no podía rebajar su rigor intelectual. Lo que sí es que Ellacuría reclamaba una nueva orientación de la misión docente e investigadora de la institución universitaria, de modo que se pusiera de parte de la opción preferencial por los pobres, “de las mayorías populares” y de la utopía. En una de sus ponencias, redactada en 1982, Ignacio Ellacuría (1999: 217–218) se expresaba de esta manera tan singular:

La universidad no puede dejar de cultivar toda suerte de recursos intelectuales con el fácil pretexto de que lo urgente para la liberación de las mayorías populares es, en uno de los extremos, la formación de profesionales eficaces y, en el otro de los extremos, la lucha política revolucionaria. Dedicarse a uno u otro de los extremos es desconocer la capacidad liberadora de un saber libre, es desconocer la imperiosa e imprescriptible necesidad de un verdadero saber, de un difícil saber puesto al servicio de la liberación de las mayorías populares.

Sin complejos, Ellacuría insistía en que la universidad era una institución con vocación política, ya que debía actuar y dar respuesta a la realidad histórica en la que se desenvolvía. En una de sus intervenciones públicas de 1976, Ignacio Ellacuría (1999: 94–95) declaraba lo siguiente:

No hay una universidad a-política y no debe haberla. No la hay porque la universidad es una realidad histórica y, consiguientemente, está condicionada y condiciona su contexto histórico, que es siempre una realidad política. No debe haberla, porque una universidad que no quisiera positivamente y desde sí misma ser política, estaría forzosamente politizada, pues tendría una u otra relación con el poder del Estado.

Unos pocos días antes de su muerte, Ellacuría recibió un premio en la ciudad de Barcelona como reconocimiento a su tarea como rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. En este acto, Ignacio Ellacuría (1999: 304) pronunció un discurso que debido a los trágicos acontecimientos que se produjeron a su regreso a El Salvador, se ha convertido también, en cierta medida, en su “testamento intelectual y universitario”. En él, insistía en los mismos principios que estamos comentando:

Suele decirse que la universidad debe ser imparcial. Nosotros creemos que no. La universidad debe pretender ser libre y objetiva, pero la objetividad y la libertad pueden exigir ser parciales. Nosotros somos libremente parciales a favor de las mayorías populares, porque son injustamente oprimidas y porque en ellas, negativa y positivamente, está la verdad de la realidad. Nuestra universidad en tanto que universidad tiene una confesada opción preferencial por los pobres, de quienes aprende en su realidad y en sus múltiples expresiones integrante y apuntante. Se pone de parte de ellos para poder encontrar la verdad de lo que está pasando y la verdad que entre todos debemos buscar y construir.

En otro orden de cosas, naturalmente, era preocupación de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” el fomentar una educación inclusiva. La universidad quería trabajar a favor de las clases sociales más desfavorecidas, pero con ellas. Sin embargo, desde la inauguración de la universidad, el alumnado tendía a pertenecer a clases sociales más bien acomodadas. Entonces, a mitad de los años 70, este centro educativo ideó y puso en marcha –a través del jesuita e ingeniero Jon Cortina– un sistema inusual en el mundo universitario aunque sí está presente (en mayor o menor medida) en algunas universidades de la Compañía de Jesús: Los alumnos pagarían cuotas de enseñanza en función de su nivel económico o del de sus familias. Para este fin, el alumnado estaba obligado a entregar la documentación pertinente que diera fe de sus posibilidades económicas.

Este sistema de financiación fue permitiendo el acceso a la universidad a los alumnos que formaban parte de las clases sociales no privilegiadas. Así y todo, la aplicación de este sistema de financiación fue flexible, ya que algunas veces la universidad admitió a alumnos que no podían realizar pago alguno.

En resumidas cuentas podemos comprobar que, a partir de los años 70, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” ha ido trabajando a favor de la justicia de manera intensiva y desde una dimensión que ha querido ser integral. Empujada por el clima de violencia y represión que asolaba el país en esta época, la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, bajo el liderazgo de una personalidad intelectual como Ignacio Ellacuría, rompió la baraja a favor de los colectivos sociales más vulnerables. Esto supuso enfrentarse a los intereses de las clases sociales más pudientes que, tan solo unos pocos años antes, habían partici-

pado con entusiasmo en el patrocinio de este centro educativo. Tanto el legado de Ellacuría como el de la comunidad universitaria de esta institución siguen ocupando un lugar de primer orden en el trabajo por la justicia social; posicionándose en un referente que supera, con creces, el perímetro de la Compañía de Jesús y de sus apostolados educativo e intelectual.

5. Conclusiones

Hasta aquí hemos analizado algunos de los episodios más importantes de las tres universidades jesuitas de la provincia de Centroamérica. Las universidades de El Salvador y Nicaragua, tal y como hemos comprobado, cambiaron rápidamente de orientación con el fin de tomar partido por el compromiso sociopolítico a favor de las mayorías pobres. A este respecto, hemos subrayado que el liderazgo de Ellacuría en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” en San Salvador y la “revolución sandinista” en la Universidad Centroamericana de Managua contribuyeron, en particular, a ello.

De todos modos, en la circunstancia de la universidad de los jesuitas de Nicaragua, su trayectoria ha sido más controvertida por su alineación nítida a favor del “sandinismo”. Mientras que la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” ha quedado, para la historia, como “ejemplo definitivo” de la promoción de la justicia desde los apostolados educativo e intelectual de los jesuitas; a razón de la personalidad y la dimensión intelectual de Ellacuría y del “martirio” que él, sus compañeros y las dos mujeres sufrieron. Por último, en lo que respecta a la Universidad Rafael Landívar, en tiempos más recientes también ha intensificado sus iniciativas a favor de la justicia social.

5. Bibliografía

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P. (2009) “La investigación social en el horizonte de la misión de la Compañía de Jesús”, *Revista de Fomento Social* 64, 49–78.

ARANZADI, D. (2003) “Humanidades: Empresa. Las bases del proyecto”, *Mundaiz* 65, 11–31.

DIRECCIÓN GENERAL DE VOLUNTARIADO Y PROMOCIÓN SOCIAL DE LA CONSEJERÍA DE FAMILIA Y ASUNTOS SOCIALES DE LA COMUNIDAD DE MADRID (2012) *Voluntariado universitario. Guía para su gestión en las universidades madrileñas*.

GARCÍA GUADILLA, C. (2007) "Financiamiento de la educación superior en América Latina", *Sociologías* 17, 50–101.

GUIBERT, J. M^º. (2014) *Diccionario de liderazgo ignaciano*, Bilbao, Mensajero.

IBERO CAMPUS VERDE (2012) *Reporte Plan de Acción 2009–2012*.

KOLVENBACH, P. H. (2008) *Discursos universitarios*, UNIJES – Provincia de España de la Compañía de Jesús.

LOWNEY, C. (2005) *El liderazgo al estilo de los jesuitas. Las mejores prácticas de una compañía de 450 años que cambió el mundo*, Barcelona, Granica.

MARTÍNEZ, M. (ed.) (2008) *Aprendizaje servicio y responsabilidad social de las universidades*, Madrid – Barcelona, Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia – Octaedro.

NICOLÁS, A. (2010) "Profundidad, universalidad y ministerio académico: Desafíos a la educación superior jesuita de hoy", *Carta de AUSJAL* 30, 70–85.

NICOLÁS, A. (2011) *Lección inaugural del curso académico 2011–2012 en la Universidad de Deusto*, 9/9/2011.

ORAÁ, J. (2012) "Pacto social y apoyo al sistema educativo", *El Correo*, 18/10/2012, 30.

RONDÓN, V. y ÁLVAREZ, I. (2005) "Teatro barroco de jesuitas alemanes. El "Amor parricida" de Franz Lang", *Onomázein* 11, 177–200.

SECRETARIADO PARA LA JUSTICIA SOCIAL Y LA ECOLOGÍA (2011) "Informe especial sobre ecología. Sanar un mundo herido", *Promotio Iustitiae* 106, 1–74.

SECRETARIADO PARA LA JUSTICIA SOCIAL Y LA ECOLOGIA (2014) "La Promoción de la Justicia en las Universidades de la Compañía", *Promotio Iustitiae* 116, 1–56.

UNIVERSIDAD PÚBLICA DE NAVARRA (2009) *Valores en los nuevos planes de estudio*.

VILLAMAR MANERO, P. (2005) *La libertad de elección en educación: Análisis pedagógico de la situación nacional e internacional*, Tesis doctoral, Madrid, Facultad de Educación, Universidad Complutense.